

EL DECRECIMIENTO

El periódico de la euforia



Ecología para

enfrentar al monstruo

1^{er} periódico de ecología política

EL DECRECIMIENTO, PUBLICADO POR CASSEURS DE PUB Y MOINS!, 2022



Gratuito
Permacultura con toda simplicidad

Página 8

Covix-84

Páginas 26-27

Y. N. Harari más listo que nunca

Página 3

Arquitectura vernácula Vs arquitectura moderna

Página 28

Pactos ambientales: business as usual

Páginas 10

¡Basta de criptomonedas!

Página 32



Luc (España)



Llevo 25 años en España. Me suscribí a los primeros números de *La Décroissance* (El Decrecimiento en francés) hace casi 20 años. Lo dejé y luego volví a apuntarme en 2016. Acabo de publicar un libro para enseñar la vida simple. Antes de la pandemia acogía viajeros acá en mi casa utilizando Airbnb; venían ecologistas, amantes de la vida sencilla (o a veces no), pero no pude seguir. Gano un poco de dinero haciendo consultas de psicología porque soy psicólogo. Me gusta escribir y pensé que podía llegar a la gente, también por el tema de la crisis económica que viene con la pandemia y que va a acompañar a la gente en los próximos años. Pensé que podía aportar algo desde mi experiencia de vida simple. El título del libro es *Controla tus gastos: el enfoque más simple para llegar a fin de mes*. Vivo en una ciudad pequeña de 17000 habitantes que está cerca de Murcia. En Mula. Vivo en el casco antiguo en una casa de pueblo tradicional, con mi chimenea y mis alacenas. Una casa con vigas de madera. Yo vivo un poco al estilo de mis abuelos, o más bien de los abuelos españoles. No vivo en el campo y tampoco me gustan las ciudades

grandes. Me gustan las ciudades pequeñas entre 5 y 20 mil habitantes. Tengo mi huerto urbano. Mula es una ciudad muy tradicional. Aquí, hay gente que sigue haciendo el brasero en invierno, siguen con las tradiciones. La gente vive como se hacía antiguamente. En España la gente no entiende el decrecimiento. La evolución de España no ha sido igual que la de otros países de Europa. Pasaron hambre hace relativamente poco, no tenían calefacción, comían las naranjas con las cáscaras, se comían los caracoles en el campo. Entonces quieren comodidad. Asocian el decrecimiento con la pobreza y no comprenden que el decrecimiento es la sobriedad voluntaria. De pequeño iba a casa de mis abuelos y me encantaba. No tenían agua corriente, tenían un pozo y tenían animales. Descubrí lo bueno que se puede vivir con poco. Siempre me llamó la atención; yo los veía felices a mis abuelos, aunque trabajaban bastante. Casi siempre he vivido de manera sencilla. Tengo una casa pequeña de 60 metros cuadrados en la parte más antigua del pueblo. Es una casa bastante tradicional. Consumo lo menos posible, tengo una factura de 13 euros al mes de electricidad. Tengo una placa solar, pero en invierno no me da el sol en el patio y no la uso. Tengo mis bidones, tengo 800 litros de agua de lluvia, que uso para casi todo menos para beber. Tengo el agua de la llave, pero tengo la factura mínima porque solo es para beber. Tengo mi bicicleta y gasto poco. Tengo dos gatos y vivo solo. Me gusta dormir con una bolsa de agua caliente, ponerme un jersey grueso. Como mis abuelos. Tengo muchas cosas, para hacer mermeladas, por ejemplo, que luego vendo. Tengo un móvil y un ordenador porque decrecer no es vivir como en las cuevas, pero soy yo el que pongo los límites. Para mí decrecer es consumir menos, no desperdiciar. Ahora con la pandemia, me quedo en mi casa, leo y escribo. Autoconfinamiento lo llaman y te recomiendan no salir. Yo compenso con contactos virtuales, pero no es igual. No sé cuando podré volver a acoger gente en mi casa, pero no parece pronto.

Pilar (Chile)

Nací en Argentina, viví mis primeros 12 años en el campo, en una bodega de vinos. Después vine a Santiago a vivir, luego en la playa y ahora me retiré al campo. Este campo lo tengo desde el 2012, pero hace un año me instalé aquí, de forma bastante simple. No tengo ninguna máquina, no tengo agua de la cañería ni luz ni ducha. Tengo un panel solar que me abastece la recarga del teléfono y el computador. Mi trabajo me permite trabajar online por eso decidí venir a vivir acá. Es un camino bastante solitario porque está toda la gente que yo quiero en la ciudad; pero nos vienen a ver, nos vienen a ayudar. Yo vivo con mi hijo que tiene 20 años, y para él es más difícil porque necesita más contactos, más juventud, tiene más actividades que yo. El necesita más cercanía. Después de la separación del padre de mi hijo, me fui a vivir en la playa y me iba a caminar por los cerros y empecé a aprender de las plantas. Ellas me consolaron, me acompañaron y yo empecé a estudiarlas. De ahí pasé a hacer un huerto en mi casa y tuve la idea de tener una tierra más grande y conseguí esta. El covid me obligó un poco en el sentido que me quedé sin un trabajo con un sueldo estable. Mi vida en la ciudad se hizo insostenible. Decidí cambiarme para acá gracias a la pandemia.

Todos los días, me levanto muy temprano, hago el desayuno en el fuego. Tenemos tres casitas pequeñas y un lugar en común en el centro para juntarnos a comer y para preparar cosas. Trabajamos mucho aquí porque aún necesitamos un poco más de comodidad, pero comodidad austera. Eso es lo que estoy buscando. Trabajamos, trabajamos y nos acostamos cuando se acuesta el sol, como a las nueve. Cuando llegué a este lugar y me di cuenta que tenía que hacer las labores básicas, como por ejemplo ir a buscar agua en un tacho para lavar las cosas, para lavarme, empecé a entender que mi mente estaba más tranquila. Al tener tanta comodidad en la ciudad, mi mente tenía más tiempo para estar divagando y teniendo muchos pensamientos, que a veces no eran muy buenos. Entendí entonces que la comodidad nos sobra. La comodidad que tenemos en este momento en las ciudades es demasiada, para mi gusto. Tener tantas maquinillas para hacer todo, hasta para exprimir un limón no es bueno. Somos como niños caprichosos, queremos cada vez mas cosas y vamos perdiendo el ingenio de crear nuestras propias cosas. Tener la posibilidad de sacarle jugo a una fruta manualmente es más divertido. Cuando llegamos acá, las cosas que traíamos de la ciudad nos sobraban. Y eso fue difícil, poner estas cosas aquí o regalarlas. Fue un choque de ritmos. Fue un gran desafío. Ahora estamos bien contentos con el silencio. Hay mucho silencio aquí. Para un chico de 20 años como mi hijo, la soledad y el silencio es compleja. Por eso a veces él

se va a la ciudad con su padre o sus amigos, como terapia para vencer esa soledad. Pero él confía mucho en mí.

Ya soy amiga de la señora que vende huevos, de la que vende pasteles, de la señora de las verduras, del joven que vende cactus aquí al lado. Me saludo con la gente y ya me conocen en los negocios. Cuando te atienden, se demoran horas conversando. Todas estas cosas simples son un mundo nuevo para uno. Me encanta. Volvemos más a la tierra y a nosotros mismos. Tanto consumismo nos lleva hacia afuera, hacia la competencia. En la ciudad siempre hay algo que te tienta. Vale la pena vivir la simplicidad voluntaria.

Acá tengo una vista hermosa, muchas plantas, no tengo animales, pero mi vecina de al lado tiene 100 gallinas y juntas las cuidamos. Ella me da huevitos. Estamos en un terreno que compramos seis amigos juntos. Otro vecino tiene abejas. Tengo rincones en mi terreno para estar, un silloncito muy bonito en un bosque. De estos seis amigos, hay dos que viven acá y hay otros que van y vienen. Tengo 5000 metros, casitas pequeñas y tengo que hacer otras más para vivir varios en estas casitas y compartir los espacios comunes. Estoy cultivando en maceteros. Acepto voluntarios, no muchos porque no puedo recibir a muchas personas, pero si alguien anda por acá por Chile, puede venir si quiere.

Para disfrutar de esta hermosa vista y ayudar a Pilar, escribe a pilarpilarai@gmail.com



Ecología

Por Edna Córdoba

¿Qué sentido darle a la palabra ecología? Últimamente, los gobiernos, las élites y hasta los millonarios se han apropiado de esta palabra. Han impuesto, sugerido o impulsado desde arriba una serie de medidas "para salvar el planeta", sermonizando a las clases populares. Bill Gates es hoy por hoy un caso paradigmático. También desde arriba se defiende una visión de crecimiento verde o de economía verde, que no salva al planeta sino al mercado. Otros defienden una ecología por la ecología, ajena a toda crítica social. Contra todas estas formas de ecología que no ponen en cuestión la sociedad moderna y capitalista, El Decrecimiento defiende una ecología por la libertad y la justicia. Pese a todos los malentendidos y apropiaciones abusivas, la palabra decrecimiento sigue siendo una provocación, un eslogan contra la ideología del crecimiento del PBI. La crisis que estamos viviendo y que ha sido acentuada (y no creada por la pandemia) no es decrecimiento. Tampoco lo es la organización impuesta desde arriba, que coerce nuestras libertades en nombre de la salud y de la ecología por nuestro supuesto bien. Serge Latouche definió el decrecimiento de la siguiente manera: "El término decrecimiento se lanzó, un poco por casualidad, como un eslogan provocador en 2001-2002, para denunciar la farsa del desarrollo sostenible. Por lo tanto, el decrecimiento no es un concepto y, en cualquier caso, no es el opuesto simétrico del crecimiento. Se trata de un eslogan político con implicaciones teóricas: el eslogan del decrecimiento tiene, pues, sobre todo el propósito de

marcar con fuerza el abandono del objetivo del crecimiento económico por el crecimiento económico, un objetivo malsano, cuyo motor no es otro que la búsqueda desenfrenada de beneficios por parte de los poseedores del capital, y cuyas consecuencias son desastrosas para el medio ambiente. Con todo rigor, sería apropiado hablar de a-crecimiento como se habla de a-teísmo. De hecho, se trata exactamente del abandono de una fe, la de la religión del progreso, de la economía, del crecimiento y del desarrollo"¹.

Si el decrecimiento fuera un proyecto político, este sería entonces el de organizar una disminución concertada de nuestro consumo energético y de materias primas para reducir el impacto que causamos en el medio ambiente y los daños e injusticias que se causan a los seres humanos. Organizar nuestros modos de vida fuera de la economía. Abolir la economía como un fin en sí mismo. Conviene recordar que la "ciencia" económica ignora, a propósito, los límites naturales del planeta Tierra (que es finito) y pregona un crecimiento económico ilimitado (infinito); lo que es un contradictorio. Así pues, desde un punto de vista filosófico, el decrecimiento implica el aceptar nuestros límites, abrazarlos plenamente, abandonar la ideología de la desmesura y de lo ilimitado. Abandonar el proyecto prometeico, propio de la civilización occidental, de instrumentalizar la naturaleza. Hay quienes pretenden que la destrucción que ocasiona la desmesura capitalista se resolverá en otro planeta o en un futuro más bien lejano. La propia salida del capitalismo ha sido deferida por los progresistas a otros mundos por conquistar. La izquierda y la derecha progresistas –o deberíamos decir, la izquierda y la derecha del capital– creen entonces en el más allá: insisten en que hay que continuar con esta civilización industrial, que es destructora y suicida, y que sus consecuencias nefastas para los seres humanos y la naturaleza se solucionarán en otro tiempo o en otro lugar, con la ayuda de la tecnología (que para ellos es un nuevo mesías).

Contra la ideología del progreso, el Decrecimiento plantea una crítica de la civilización industrial y de sus defensores, que los hay en todo el espectro político. En esta revista descubrirás entonces, si no lo has hecho antes, qué es lo que llamamos el decrecimiento, con todos los matices que aportan los diferentes autores, y por qué esta es una manera coherente de leer y afrontar el contexto de crisis actual, aún más después de la pandemia. El decrecimiento no es un programa político, sino una crítica (una de las pocas verdaderamente radical) del sistema actual. Muchas de las rúbricas tienen un alto contenido de humor y de ironía y no deben leerse al pie de la letra. Los lectores atentos sabrán encontrarlas. En las páginas 9 a la 23 presentamos el Dossier Perspectivas de decrecimiento en España e Hispanoamérica en tiempos de pandemia, que contiene entrevistas que responden de una u otra manera a esta cuestión. Te deseamos una buena lectura y esperamos tus observaciones en eldecrecimiento@gmail.com.

1 - Latouche, Serge. *Les précurseurs de la décroissance*. Le passager clandestin, 2016, pp. 9. Traducción libre.

Hacer frente al totalitarismo

En Bélgica se ha lanzado un llamamiento a la desobediencia civil, contra los ataques a las libertades individuales que los Estados europeos han organizando desde el comienzo de la epidemia de coronavirus. Entre sus iniciadores se encuentra Bernard Legros, partidario del decrecimiento.

Usted advierte: "la situación política actual es pre-totalitaria. O actuamos ahora, o pronto nos despertaremos en una dictadura consumada, y entonces seguramente será demasiado tarde". ¿No está exagerando?

Bernard Legros: Recordemos esta anécdota: en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial, el filósofo Henri Bergson aún no creía que la guerra fuera a tener lugar. Y sin embargo, lo impensable para él y para otros se convirtió de repente en realidad. Tácticamente y por precaución, nos conviene exagerar, como ha explicado Jean-Pierre Dupuy con su teoría del catastrofismo ilustrado. Hay que tener en cuenta que los poderes políticos y mediáticos también exageran, pero con un fin completamente distinto: manipular a los votantes-consumidores. Günther Anders, en cambio, nos animó a utilizar nuestra imaginación para prepararnos para lo peor. Aquí tenemos ya dos herramientas filosóficas. Pero hay algo más que eso. La evolución política, acompañada de la tiranía digital, es mucho más preocupante que un virus que mata a menos del 1% de las personas a las que afecta. Una versión del totalitarismo del siglo XXI puede utilizar perfectamente la democracia representativa, las elecciones vaciadas de su poder de cambio y una separación de poderes todavía oficial. Lo que debería ser alarmante es que nuestros derechos y libertades están siendo erosionados uno a uno, en la estrategia de «la rana hervida», en nombre del mantenimiento de nuestra vida en términos biológicos solamente.

The Great Reset (el Gran Reajuste) parece expresar el deseo de los líderes de Davos de controlar cada vez más la sociedad en nombre de la emergencia ecológica y sanitaria. ¿Lo que estamos viviendo en Bélgica, Francia y otros lugares es una de sus primeras manifestaciones? ¿Tiranía en nombre del «bien de todos»?

Covid-19(84) es una buena metáfora. La idea de Naomi Klein de una «estrategia de choque» también es buena. Se puede ver en las desproporcionadas y liberticidas medidas «sanitarias», promulgadas por expertos no elegidos, y a la postre ineficaces. Todo esto es un signo de que el Gran Reajuste del Foro Económico de Davos va avanzando, y que su manera de proceder se va precisando semana tras semana. Ellos [el Foro] son organizados y proactivos, mientras que nosotros [los ciudadanos] estamos aturdidos. ¡Eso es lo que nos va a hacer perder! Hace algunas décadas, pensadores clarividentes como André Gorz y Bernard Charbonneau, y Serge Latouche en los años 2000, nos advirtieron de que cuando el capitalismo no pudiera seguir negando los límites planetarios (físicos, geográficos, energéticos, climáticos, demográficos, etc.) que se habían hecho evidentes, trataría de establecer una dictadura ecológica y sanitaria –las dos cosas están vinculadas–

para salvar su modelo adaptándolo a los nuevos contextos. El término «ecologista», que defendí durante mucho tiempo, ha caído desgraciadamente en manos de la tecnocracia.

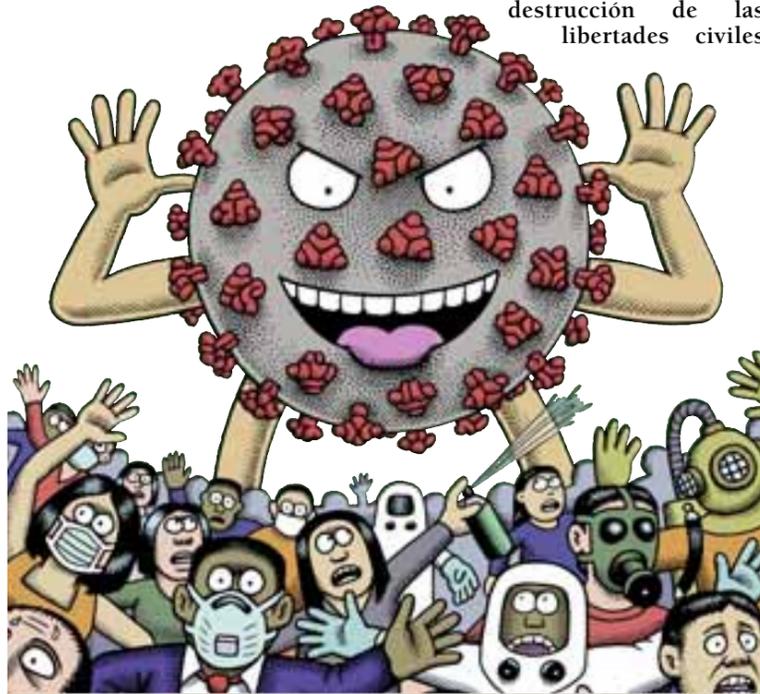
En su opinión, ¿qué posibilidades hay de que los llamamientos a la desobediencia de hoy toquen las conciencias y se extiendan entre la población?

En mi opinión, las posibilidades son escasas, pero debemos intentarlo, es una cuestión de honor y moral. La respuesta popular debería estar a la altura de los peligros políticos. Pero «esta capacidad de hacerse el ciego y el tonto, esta obstinación en no querer saber, eso es la 'banalidad del mal'», escribe Frédéric Gros¹. La desobediencia cívica del mayor número de personas pondría en aprietos a gobiernos y tribunales en sus intentos de represión. ¿En qué condiciones podría ocurrir esto? Veo un requisito previo para la concienciación: que dejemos de tener un miedo excesivo a este virus en particular, a la enfermedad en general y, finalmente, a la muerte, nuestro destino común. De lo contrario, los gobernantes no tendrán ningún problema en asegurarnos que tienen la solución para protegernos de nuestra finitud, y les obedeceremos a cambio de esta protección artificial y bajo estrictas condiciones. Sin embargo, no estoy denigrando la mano izquierda del Estado –la que ayuda–, pero observemos que la mano derecha –la que castiga– es más activa hoy en día. Lo que ocurre desde el punto de vista psicosocial es una combinación de la servidumbre voluntaria –descrita por Étienne de La Boétie en el siglo XVI y que sigue siendo de actualidad–, la sumisión a la autoridad –estudiada por Stanley Milgram–, el poder del conformismo –estudiado por Solomon Asch– y el síndrome de Estocolmo –apego a nuestros verdugos–. En conclusión, estamos en problemas.

Más allá de este llamamiento, ¿no se trata de afirmar que si estamos en esta situación es porque nuestro sistema económico no es viable? ¿Debemos entonces oponernos a la tiranía del crecimiento económico con la democracia del decrecimiento?

Desde hace casi un año, me considero más que nunca un militante del decrecimiento y de la libertad, dos cosas que deben mantenerse absolutamente unidas. Porque es probable, por no decir seguro, que exista una política de decrecimiento impuesto dirigida a las masas, y sólo a ellas, según lo que puede discernirse del profético libro Covid-19: the Great Reset, escrito por Klaus Schwab, presidente del Foro de Davos. Sin embargo, lamento ver que algunos de mis amigos decrecentistas huyen la realidad. Algunos de ellos se han negado a firmar nuestra petición, alegando que «no encajan» en ella; prefieren seguir centrándose en las luchas tradicionales –la agricultura

sostenible, la simplicidad voluntaria, la economía social y solidaria, la lucha contra los grandes proyectos, etc. – como si nada estuviera pasando realmente en cuanto a nuestras libertades civiles. Ahora bien, la destrucción de las libertades civiles



El genial y lúcido Y. N. Harari anuncia el fin de las epidemias

En su bestseller Homo Deus: Breve historia del mañana¹, Yuval Noah Harari, el intelectual transhumanista célebre en todo el mundo, anunciaba el advenimiento del mejor de los mundos, libre de hambre, conflictos armados, epidemias. «Es esencialmente gracias al fenomenal crecimiento económico, que nos proporciona abundancia de alimentos, medicinas, energía y materias primas, que hemos logrado dominar el hambre, las epidemias y la guerra», se felicitó. La naturaleza habría sido domada, la ciencia todopoderosa y la tecnomedicina nos permitirían vivir con una salud floreciente, que no hacía más que mejorar con cada nueva innovación: «Por ejemplo, algunos laboratorios de investigación ya disponen de nanorrobots que un día podrán navegar por nuestro torrente sanguíneo, identificar enfermedades y matar patógenos o células cancerosas». Nuestro destino estaba todo trazado, «el rumbo de la Historia» no estaba en duda: el hombre sólo tenía que convertirse en un dios, nadar en la felicidad, suprimir la muerte –ese simple «problema técnico que podemos y debemos resolver»–, aumentar sus capacidades físicas e intelectuales fusionándose totalmente con las máquinas²... La misión de los bioingenieros era ahora «crear deidades»: debían «apoderarse del viejo cuerpo sapiens y reescribir deliberadamente su código genético, recablear sus circuitos cerebrales, alterar su equilibrio bioquímico, incluso hacer crecer nuevos miembros»,regonaba Harari. En medio de una pandemia de coronavirus, uno podría haber imaginado que este exaltado aterrizaría y descansaríamos de él durante unos años. ¡No es así! La prensa internacional no tardó en recoger sus recomendaciones. Según este oráculo, no hay que cuestionar la marcha lineal del



progreso, sobre todo no hay que hablar de decrecimiento y de desglobalización –a no ser que queramos «volver a la Edad de Piedra», argumenta sutilmente–, sino continuar la unificación del mundo. Entonces «no sólo habremos vencido al coronavirus, sino a todos los patógenos que vengan», concluye, tan eufórico como siempre (Le Monde, 5 de abril de 2020), contando con el creciente control de nuestros cuerpos con la ayuda de la tecnología digital³. No, no estamos venciendo la muerte. El desarrollo de nuevas epidemias como la que estamos viviendo hoy no fue anunciado por unos pocos catastrofistas aislados, sino previsto en multitud de documentos oficiales, que muestran que la globalización, la urbanización y la destrucción de la naturaleza son factores «susceptibles de favorecer la rápida propagación de epidemias con consecuencias catastróficas». Esto se puede leer en los informes de la Organización Mundial de la Salud, el IPCC, el Banco Mundial o de los ejércitos⁴. Además, cuándo un virus emerge como una súbita vuelta a la realidad que contradice las elucubraciones de Harari y compañía, el sentido común

significa que será difícil o incluso imposible militar sea cual sea la causa. Por ejemplo, en Bruselas la policía interviene ahora antes de las escasas manifestaciones realizando detenciones preventivas en las principales estaciones de tren de la ciudad. Los manifestantes que aún consiguen llegar al lugar de la manifestación son rápidamente rodeados y detenidos, a veces acusados. Por no hablar de la brutalidad de la policía contra ellos, que es habitual. La capital de Europa es hipervigilada, ¡ni un centímetro cuadrado escapa al control de las fuerzas del orden! De todo esto podemos deducir naturalmente que el bien más preciado que debemos conservar y mejorar es la democracia, y mantenerla lo más amplia y genuina posible. Pero no deberíamos volver a los mismos estilos de vida que dejamos atrás, con constantes vuelos turísticos, por ejemplo. Ponerse de acuerdo sobre lo que hay que mantener y lo que hay que abandonar no será fácil; pero es mejor discutir, así sea durante mucho tiempo, antes que dejar todo en manos de la burguesía transnacional. Esto es lo que podríamos llamar, en efecto, una democracia de decrecimiento. ■

1 - Désobéir, Flammarion, 2019. Nota de la redacción : Traducción libre *artículo escrito en marzo del 2021

sugeriría al menos que dejáramos de lado la retórica de este tipo de mercachifles del transhumanismo tan alabados en los periódicos, que pusieramos la tecnociencia en su lugar y que recordáramos que la condición humana es frágil y limitada. ¡Aceptemos que no somos «deidades» y procuremos seguir siendo simples mortales en «nuestro viejo cuerpo de Sapiens»!

Pierre Thiesset

1 - Albin Michel, 2017 para la edición francesa. Las traducciones al castellano son libres y, salvo mención contraria, son extraídas de esta versión.

2 - «Los humanos y las máquinas podrían fusionarse tan completamente que los humanos no sobrevivirán si se desconectan de la red. Estarán conectados desde el vientre materno», repitió Yuval Noah Harari en su posterior libro, 21 leçons pour le XXI^e siècle, Albin Michel, 2018. Traducción libre de la cita.

3 - «Dentro de unas décadas, los algoritmos de Big Data informados por un flujo constante de datos biométricos podrían controlar nuestra salud las 24 horas del día. Podrían detectar los inicios de la gripe, el cáncer o la enfermedad de Alzheimer mucho antes de que percibamos cualquier problema. Y recomendar tratamientos, dietas y ejercicios diarios adecuados, adaptados a nuestro físico, ADN y personalidad únicos.» Yuval Noah Harari, 21 leçons pour le XXI^e siècle, Albin Michel, 2018.

4 - «Hay acuerdo general en que la desertificación de la tierra aumentará, en que las tormentas, las sequías, los incendios, las olas de calor y las inundaciones se multiplicarán, en que las costas –donde viven dos tercios de la población mundial– están amenazadas de inmersión, que la escasez de agua y alimentos se generalizará, que los enfrentamientos por el control de los metales y los recursos energéticos más escasos, que son la base del poder, probablemente se multiplicarán, que las epidemias se extenderán...» (La Décroissance N° 123 de octubre de 2015). En el Libro Blanco de la Defensa y la Seguridad Nacional de 2009 del ejército francés se puede leer: «Las grandes perturbaciones sociales que pueden provocar los nuevos tipos de epidemias o los accidentes climáticos violentos forman parte de los riesgos de nueva magnitud que pesan sobre la comunidad nacional». Y «En los próximos 15 años, la aparición de una pandemia es plausible. [...] Por su magnitud, su duración, su extensión geográfica, su carácter indiscriminado, una crisis de este tipo puede poner en tela de juicio el funcionamiento normal de la vida y las instituciones.»